

---

*La libertad como destino*

FERNANDO SAVATER

---

Una Feria del Libro, en cualquier parte, y aún más en Sevilla, es para cualquiera de las personas que vivimos de escribir y que sentimos la pasión por los libros —la literatura para nosotros no es una cosa más, que se puede tomar o dejar, un entretenimiento más, sino una forma de vida: yo creo que la lectura para los verdaderos lectores, para los viciosos de los libros es una forma de entender la vida, lo vemos a través de ese aerobio mental que es el ejercicio de la lectura, que es ya un ejercicio de pensamiento—; una Feria del libro, decíamos, es para cualquiera de nosotros un lugar encantado, un palacio lleno de tesoros donde están los remedios para todas las enfermedades que uno pueda sentir; desde las melancolías hasta los miedos, todo se puede remediar o agravar —porque en ocasiones lo que buscamos es agravar nuestros males para conocerlos mejor—

gracias a los remedios que se venden ahí, en la Feria del Libro.

Para mí, por otra parte, las Ferias del Libro siempre han estado muy ligadas a la idea del comienzo del verano, de ese momento mágico de las vacaciones —vacaciones siempre pobladas de libros, al menos en mi caso—, y desde muy jovencito yo iba a la Feria del Libro de Madrid a firmar ejemplares. Al principio iba, por la época en que publiqué mis primeros libros, y no firmaba nada, pero me daba igual, me hacía muchísima ilusión estar allí sentado detrás del mostrador, dando catálogos a los niños que se me acercaban y firmando libros de otros cuando me lo pedían. Y hasta tal punto iba yo con asiduidad a la Feria que en una ocasión, cuando mi hijo Amador era muy pequeño —tendría siete años o cosa así—, en el colegio iniciaron una especie de torneo de esos en que los niños empiezan diciendo: «pues mi papá es ingeniero», «pues mi papá es general», «pues mi papá es...», y Amador, que el pobre no sabía muy bien qué podía decir elogioso de mí, dijo: «Mi papá es el dueño de la Feria del Libro», porque siempre me veía dentro de la Feria... Hasta tal punto he estado siempre unido a la Feria y, bueno, para mí ha sido una enorme satisfacción encontrarme hoy en Sevi-

lla, y además con el pretexto, con esa deliciosa coartada de la Feria del Libro.

Yo había propuesto hacer una reflexión en voz alta sobre el tema de la libertad, sobre el cual he estado trabajando en el pasado próximo, en los meses, el año y pico que he tardado en escribir mi último libro, *El valor de elegir*, pero probablemente he estado durante muchísimo más tiempo reflexionando. Siempre me ha parecido que la idea de la libertad estaba rodeada de un exceso de retórica, como si fuera considerada algo extraordinario, una especie de premio gordo de la lotería o algo por el estilo. Y yo creo que la libertad es algo que nos define, que nos condiciona, y algo también que nos compromete mucho. Yo creo que estamos comprometidos con nuestra libertad.

Esa expresión de Sartre que no siempre se entiende bien, cuando dice que estamos «condenados a la libertad», parece que encierra una paradoja, pues ¿cómo se puede estar condenado a la libertad? ¿Cómo se puede estar necesariamente ligado a algo que parece implicar todo lo contrario? Y sin embargo, no tenemos más remedio que ser libres. El problema es que somos libres, lo queramos o no, para bien y para mal; y lo importante es entonces qué haremos con la libertad, porque actuar, elegir nues-

tro camino, inventarnos a nosotros mismos, eso no tenemos más remedio que hacerlo.

A este respecto, es reveladora una expresión que utiliza Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*. En un momento dado, dice: los animales no actúan, los animales no tienen praxis. Cosa que sorprende en principio pues, además, Aristóteles era un biólogo y un zoólogo muy bueno, un hombre que para su época sabía mucho de animales. (A mí siempre me ha impresionado que se citara como un ejemplo de que incluso los mayores talentos, como es el caso de Aristóteles, pueden cometer errores, imputables a su época, a las supersticiones de su día, cierto pasaje de su obra referido a las partes de los animales, donde habla de peces que hacen nidos. Todo el mundo lo citaba diciendo: bueno, fíjense ustedes que incluso el gran Aristóteles puede cometer errores llevado por las supersticiones de la época, hasta que a comienzos del siglo pasado, en las costas de Jonia, no muy lejos probablemente de donde trabajaba el propio Aristóteles, se encontraron unos nidos peculiares hechos en la roca por una especie de peces voladores para depositar sus huevos, con lo cual Aristóteles, después de todo, estaba bien informado, se lo había mirado el hombre bien). De modo que Aristóteles no es un autor que no

sepa de lo que habla, cuando dice: los animales no tienen praxis, no actúan.

¿Qué quiere decir exactamente? Para el filósofo griego, actuar implica aquello que podemos hacer o no hacer, aquello que está sujeto, digamos, a nuestra invención, que no responde a un automatismo en el sentido de que no estamos programados, diríamos hoy en un lenguaje moderno, para hacer o no hacer tal cosa, sino que podemos elegirlo o rechazarlo. Y, claro, los animales, precisa, no están en esa situación en cuanto al fundamento de lo que vemos que constituye sus vidas.

Las abejas construyen celdillas hexagonales en sus panales y las hacen muy bien, pero no pueden hacer celdillas redondas ni cuadradas, no hay abejas surrealistas que hagan celdillas de formas insospechadas para sorprender a las otras y decirles: mira, mira qué celdilla más rara, esto sí que no se os había ocurrido a vosotras. Todas las abejas son expertas, ninguna se equivoca al hacer celdillas, no hay abejas tontas que no sepan hacer celdillas, todas saben pero todas las hacen iguales, es decir, de alguna forma responden a un automatismo, a un mecanismo natural que les lleva a hacerlas de esa manera. La evolución ha creado unos dispositivos por los cuales ellas hacen esas celdi-

llas. Pero eso, dice Aristóteles, eso no es *hacer*. Hacer es cuando uno puede fabricar celdillas cuadradas, redondas, u otras cosas que no sean celdillas, es decir, cuando la acción está ligada a la posibilidad de hacer o no hacer. Los castores que en vez de hacer presas en los ríos decidieran hacer panales para ver si inventaban algo nuevo, esos sí que estarían *actuando*, pero da la casualidad de que siempre hacen lo mismo, siempre crean algo sumamente semejante, sumamente repetido. Eso sí, lo hacen muy bien, o sea, los animales apenas se equivocan; hay muy pocos animales torpes. Los animales saben hacer lo que hacen muy bien, mientras que los seres humanos inventamos muchísimas cosas pero en cambio nos equivocamos constantemente. Y eso prueba que somos nosotros los que *hacemos*, es decir, que es nuestra enorme capacidad de error —el hecho de que estemos constantemente metiendo la pata e intentando rectificar lo que hemos hecho mal— la que pone de manifiesto que no estamos programados para nada en concreto.

Así pues, tenemos una apertura, una oferta, un menú de acciones muy amplio pero muy inestable, porque en el fondo la evolución es un dispositivo muy seguro: cuando ha llegado a producir determinadas cosas, es porque fun-

cionan. La naturaleza, lógicamente, tiene poco margen de error, porque ha evolucionado a lo largo de muchos errores ya y de millones de víctimas de otros errores, de manera que ha producido cosas muy eficaces. Entonces, los seres humanos estamos improvisando constantemente, de ahí que la imagen habitual que tenemos de nosotros mismos como el final de la evolución, si uno lo piensa bien, no responde a la realidad, pues nosotros no estamos más evolucionados que los animales.

Esa imagen que nos presenta a un gorila andando a cuatro patas, y luego a un chimpancé un poco más levantado, y luego a un orangután que ya va casi erguido, y luego a un hombre de Neanderthal muy estiradito y, al final ya, un ingeniero de montes con su corbata y su chaqueta que va a trabajar... Esa imagen de la evolución que nos deja tan satisfechos y tan contentos, bueno, tiene uno sus dudas. Porque si evolucionar es ir haciéndose cada vez más perfecto —una cosa evoluciona cuando se hace más perfecta y funciona mejor—, ¡hombre!, parece que los animales estén más evolucionados que el ser humano. Comparen ustedes, por ejemplo, el brazo de un gibón o de un orangután con un brazo humano. El brazo de un gibón o de un orangután es largo, flexible, tiene

una resistencia que le permite al animal moverse por los árboles con enorme perfección. Es decir, se asemeja a un instrumento de precisión. Y no digamos la zarpa de un tigre; la zarpa de un tigre cumple a la perfección con la función que tiene asignada y, verdaderamente, cuando has visto a un tigre dar un zarpazo te das cuenta de que algo así no se improvisa. O la aleta de un tiburón...

Uno compara un brazo humano con cualquiera de las extremidades mencionadas, y lo cierto es que el brazo humano se queda a medio camino de todo. Con un poco de suerte te sirve para subir al árbol como el gibón, pero nunca con la habilidad con que puede subir el chimpancé o el propio gibón. Te sirve para dar un guantazo en un momento de apuro, pero desde luego nada comparable al zarpazo del tigre. Y puedes nadar con los brazos, pero no vas a nadar nunca como un tiburón o un pez cualquiera con su aleta. El brazo, decíamos, parece que está a medio camino, cumple estas funciones bastante mal, pero de hecho las cumple, y además hace otras cosas: toca el piano, dispara un fusil, aprieta el botón de un ordenador... Ahí está la gracia. Precisamente porque no ha evolucionado, ni se ha hecho tan perfecto, es decir, tan cerrado. Porque lo *per-*

*fecto* es lo que está *acabado* —*perficere* es 'completar algo'—, lo que está completo, y no ocurre así en los seres humanos. En los seres humanos todo está inacabado, todo está abierto.

Comparen ustedes un chimpancé recién nacido y un niño recién nacido. Lo primero que llama la atención, si ustedes han hecho el experimento, es lo listo que parece el chimpancé recién nacido y lo inútil que parece, a su lado, el niño recién nacido, por mucho que sea de nuestra familia. El niño no hace nada, no sabe hacer absolutamente nada, y parece que tuviera algo de feto, como si hubiera nacido demasiado pronto, y no estuviese hecho del todo; mientras que el chimpancé, desde pequeñito, se mueve, se agarra a los pelos de la madre —porque ésta no tiene tiempo de agarrarle a él, tiene otras cosas que hacer, por ejemplo cuando sube por el árbol— y, en fin, es mucho más despierto, mucho más vivo, hace muchas más cosas; el niño en cambio está como si hubiera nacido antes de tiempo. Porque los seres humanos nacemos dos veces, una de nuestras madres y otra de la educación y de la sociedad que nos termina de hacer. Entonces, claro, el chimpancé nace mucho más despejado, pero se para muy pronto en su camino, y las cosas que hace o deja de hacer llegan hasta un cierto punto, no

más allá. El niño sin embargo ya no para nunca. El niño va poco a poco adaptándose, cambiando, evolucionando; es decir, precisamente porque ha nacido sin nacer del todo, y porque en toda su vida, de alguna forma, los humanos estamos sin terminar nunca de hacernos, precisamente por eso es por lo que servimos para tantas cosas diferentes, y podemos acometer empresas tan distintas y, también, cometer errores tan terribles y tan diferentes.

A esa cualidad la llaman, como saben ustedes, los antropólogos, *neotenia*. La neotenia quiere decir que todos los seres humanos nos parecemos, tenemos rasgos fetales comparados con los antropoides que más se nos parecen, cuyo parentesco con nosotros es obvio, desde luego; nosotros tenemos una serie de rasgos propios de los niños muy pequeños o de los fetos, por ejemplo, la ausencia de pelo, formas más redondeadas, menos angulosas —son cosas que se notan más en la mujer que en el hombre—. Hay en definitiva una tendencia a lo infantil. Comparado con los grandes monos, en el ser humano hay una especie de infantilismo de rasgos, de carácter, como si estuviéramos todavía sin hacer, y no porque seamos más evolucionados; al contrario, los monos son animales mucho más perfeccionados, pero están

concretamente limitados a un campo y a una situación, de tal modo que funcionan muy bien en su campo pero cuando los sacas de ahí se mueren. Y ese es el drama de los animales.

Los animales, cuando cambian sus circunstancias ambientales —sube la temperatura, baja la temperatura, hay más comida, hay menos comida—, se ven afectados en sus circunstancias vitales, y en los casos más extremos desaparecen; en cambio, los seres humanos viven en el polo, viven en el desierto, hacen cosas que nadie había hecho, intentan incluso buscarse dificultades gratuitamente. Imaginen ustedes, por ejemplo, a las primeras personas que se montaron en un barco y se echaron al mar: ¡hombres de Dios!, ¿qué se les ha perdido a ustedes ahí? ¿Algún animal sensato en el mundo habría fabricado un barco y salido a navegar? ¿Qué se le ha perdido a alguien que está viviendo y se las está arreglando en la tierra para hacer una cosa tan obviamente absurda como lanzarse al mar? En una de sus *Cartas a Lucilio*, dice Séneca: «De qué no se me podrá convencer si se me ha convencido de embarcarme». Tomar un barco, sobre todo al principio, y hoy, después de ver *Titanic* también, en cualquier momento, es una acción realmente aventurada, y un avión, y tantas otras cosas.

Los humanos estamos como los niños, en una posición de apertura, pero porque nos faltan guías, porque no tenemos programa natural para hacer las cosas. No hay mecanismos naturales que nos indiquen lo que tenemos que hacer o cómo resolver los problemas. No hay respuestas instintivas. Tenemos una base instintiva, naturalmente: la comida, el sexo, el instinto de conservación, pero esa base es muy tenue y muy poco especializada, si la comparamos con la de los animales, de modo que en la mayoría de los casos no sabemos cómo satisfacer esos impulsos instintivos. Mientras que en los animales la evolución ha inventado los caminos para cumplir las funciones que les son propias, nosotros estamos inventando caminos nuevos constantemente. La evolución es un proceso que transcurre a lo largo de miles de siglos, a base de pruebas y errores que han ido destruyendo millones y millones de seres vivos. Ahora estamos preocupados por si desaparecen las especies, pero por muchas especies que desaparezcan, tengan por seguro que nunca serán tantas como las que desaparecieron antes de que empezaran a existir los seres humanos; es decir, antes de que pudiéramos tener la culpa de nada, ya había desaparecido un número de especies asombroso, y sin embargo la naturale-

za tiene todo el tiempo del mundo, todo el material del mundo. No se preocupa, no le preocupa el hecho de que millones de seres perezcan con tal de que haya un cambio, un proceso evolutivo en un sentido o en otro.

Nosotros, en cambio, los seres humanos, tenemos otra forma de evolución que es la técnica. En lugar de tener una zarpa tenemos un hacha, esto es, inventamos el hacha. Y el hacha tiene ventajas, pues aparece mucho más rápidamente, no hace falta esperar millones de años para que aparezca. En efecto, las invenciones son rapidísimas. En el tiempo de toda la historia humana, desde el hacha de sílex hasta los ordenadores y los vuelos espaciales, la evolución biológica equivaldría a tres saltos mínimos, dado que la técnica avanza a una velocidad extraordinaria. Luego, el hacha de sílex es como una prolongación, nos da eso que la naturaleza biológica no nos ha dado —la zarpa—, y nos lo da en forma de instrumento, pero el instrumento tiene una ventaja respecto al órgano creado por evolución, y es que éste no lo puedes dejar a un lado cuando no lo necesitas, al contrario que aquél. Es decir, los tigres siempre tienen que llevar las zarpas puestas, pueden meter y sacar las uñas, pero no pueden dejar las zarpas en casa y dedicarse,

digamos, a tocar el piano. Son muy buenas las zarpas para cumplir su función, pero no las puede uno dejar de lado cuando no las necesita. En cambio, el hacha de sílex o el arco y las flechas, sí los puedes soltar, cuando no tienes que cazar, para dedicarte a otra cosa.

La gracia de los inventos técnicos es que nos surten de aquellas cosas que habríamos podido ir adquiriendo por la vía de la evolución, como prótesis de las que nos servimos a conveniencia. Cuando no necesitamos el automóvil lo aparcamos, cuando no necesitamos los instrumentos musicales los abandonamos, es decir, vamos utilizando en cada momento sólo aquello que necesitamos. Por lo tanto la técnica equivale a un catálogo de opciones humanas, de elecciones por las que hemos ido optando a lo largo de la Historia, de elecciones que han salido bien, por ejemplo el libro. El libro es un producto de la evolución humana. Haber llegado al descubrimiento de la escritura es ya algo en sí mismo asombroso y, después, haber llegado a la imprenta y al objeto físico del libro. Tengo un amigo experto en ordenadores que siempre me dice que si el libro se hubiera inventado después del ordenador, todo el mundo lo habría considerado un gran avance, porque verdaderamente ofrece muchas venta-

jas, y especialmente, en el caso que nos ocupa, la de poder consultarlo y después dejarlo —ese instrumento evolutivo que es lo escrito— en una biblioteca, a la espera de volver a necesitarlo. Ese es el mecanismo de nuestra libertad.

Nuestra libertad, insisto, por otra parte, es una obligación. No es que seamos tan buenos que seamos libres, sino que como somos libres, es decir, como no tenemos un programa instintivo obligado, no tenemos más remedio que ir inventando cosas o que ir actuando en el sentido aristotélico de acción: haciendo cosas que podríamos no hacer. La acción humana tiene unas características. En primer lugar, actuar exige, previamente, conocer, de ahí la importancia del desarrollo de nuestra razón. Mal puede actuar quien no conoce. Quien tiene unos instintos muy fuertes, como la mayoría de los animales, no necesita un conocimiento global de las cosas, basta con que disponga de una serie de datos ante los que reaccionar, como suelen hacer los animales. Éstos, en efecto, reaccionan ante unos determinados datos, y no necesitan tener concepciones mucho más complicadas de lo que pasa, pues están adaptados a actuar en un mundo determinado, y con muy pocas noticias de ese mundo les basta para funcionar muy bien. El ser humano, sin embargo,



como no sabe lo que va a hacer a continuación, tiene por fuerza que conocer el mundo en el que se mueve; es decir, precisamente porque no tenemos mecanismos de reacción concretos ante nada, tenemos que conocer bien lo que hay antes de responder de una u otra manera.

Primero hay que conocer el mundo, lo que pasa y lo que nos puede pasar. Los seres humanos queremos conocerlo todo, incluso aquello con lo que en principio no hemos tenido ningún tipo de relación. Queremos conocer cómo es este planeta en el cual vivimos, pero no por ello nos deja de interesar la Luna o Marte, que son planetas con los que durante muchísimos siglos no hemos tenido ningún vínculo, excepto el de verlos allí más o menos claramente a lo largo del tiempo. Así pues, sólo conociendo se puede actuar de una manera no suicida y, por lo tanto, el conocimiento es el primer paso de la acción. Por supuesto, hace falta cierta imaginación, en relación con las alternativas posibles para hacer o no hacer. El ser humano necesita la imaginación para tener alternativas diferentes de acción, opciones dentro de un contexto determinado. Una vez que uno ha conocido más o menos el mundo, dice, bueno, pues ahora se podría hacer esto o esto o esto, unas cosas con más riesgo, otras con menos, unas

cosas con más posibilidades de éxito, otras con menos, y así sucesivamente.

La imaginación es la capacidad de vivir vidas virtuales, vidas que no se dan. A mí me hace mucha gracia cuando se habla tanto en nuestro tiempo de realidad virtual, porque, bueno, los seres humanos siempre hemos vivido en una realidad virtual que se llama pensamiento. El pensamiento es una realidad virtual, es decir, nosotros vivimos dentro de nuestras cabezas. También vivimos en el mundo exterior, por supuesto, pero la mayor parte de nuestra vida, la parte más humana de nuestra vida pasa fundamentalmente dentro de nosotros, y dentro es donde estamos imaginando cosas posibles. Hasta la persona más roma, menos fantástica, está constantemente imaginando, al cabo del día, miles de posibilidades diferentes, miles de alternativas a lo que ve, a lo que se da: posibilidades jocosas, lúbricas, amenazadoras..., constantemente; es decir, la realidad virtual es precisamente la realidad en la que nosotros vivimos. No es gratuito, por tanto, el que tengamos imaginación. Necesitamos el conocimiento, o la razón, porque si no estamos perdidos en el mundo, pero luego necesitamos imaginación para ver las alternativas de acción, los posibles caminos que se pre-

sentan ante nosotros. Si no imagináramos más que actos rutinarios, actos que ya se dieron en el pasado, los seres humanos no habríamos logrado avanzar, ni habríamos logrado probablemente sobrevivir. Sobrevivimos gracias a que inventamos conductas nuevas a cada paso, no una conducta al siglo, digamos, como es el caso, según han descrito alguna vez los etólogos, de ciertos chimpancés que con mucho esfuerzo aportan de cuando en cuando una variación de conducta más o menos parecida a las nuestras. Pero es que nosotros las hacemos todos los días, de forma constante, es decir, vivimos innovando permanentemente.

Conocimiento e imaginación, pero, claro, luego hace falta la capacidad de elegir, la voluntad, el decir esto o lo otro. Por muchas razones que existan para comportarse de una manera, nunca es automática la reacción, siempre que se trate de un acto humano, no de una reacción refleja, por ejemplo cerrar los ojos cuando alguien te tira algo a la cara, cosa que hacemos sin pensarlo siquiera. Ahora bien, dejando aparte estos casos de reacción refleja, todo lo que hacemos son actos para los que tenemos argumentos, motivos, en los que interviene además la costumbre o la emulación, pero que del mismo modo podríamos no

hacer. Uno piensa: bueno, voy a hacer esto porque es lo que quiero hacer, y luego se expone a sentimientos como la culpa o el remordimiento, porque los actos llevan aparejadas sus consecuencias. No tengo más remedio, decimos a veces: ¡hombre!, remedio siempre hay, sólo que éste puede ser muy malo, puede que te mueras o que te maten si no haces determinada cosa, lo cual constituye un serio argumento para hacerla, pero igualmente podrías negarte y arriesgarte a morir.

Siempre hay en último término la decisión, de ahí que muchas veces uno pueda ver argumentos a favor de algo, de una cosa buena, de una cosa que hay que hacer, y sin embargo no hacerla. Esa es una de las paradojas que Aristóteles analizó muy bien en su *Ética a Nicómaco*, y que luego tantos, a partir de él, han repetido. En una de sus *Cartas*, dice San Pablo: «No hago el bien que quisiera y hago el mal que no quiero», y en un verso famoso de sus *Metamorfosis*, dice Ovidio: «Video meliora proboque deteriora sequor» [Veo lo que es mejor y lo apruebo, pero hago lo peor]. ¿A quién no le ha pasado lo mismo? ¿Quién no ha visto que hay unos motivos, una dignidad en un tipo de acción, y sin embargo ha hecho otra cosa mucho peor, ha seguido el camino menos

aconsejable? Esto ocurre por varias razones, tratadas por Aristóteles en su estudio sobre la *acrasia*, esa especie de enfermedad de la voluntad que puede hacer que uno, aun teniendo conocimiento e imaginación, no elija lo mejor, acaso buscando, ay, opciones más gratas o placenteras en el corto plazo.

Tenemos, entonces, que elegir a veces entre un bien lejano y una cosa inferior o francamente mala, pero mucho más próxima. Ese es también el problema de la acción humana; los animales, en cambio, no sienten ese tipo de problemas, puesto que actúan en la eternidad, actúan sin tiempo. Los animales no son mortales, porque no tienen conciencia de la muerte; de hecho mueren, desaparecen en un momento determinado, pero no son mortales. Mortales somos sólo los que sabemos que vamos a morir y los que vivimos pendientes del tiempo. Y es el tiempo, precisamente, el que muchas veces nos hace actuar mal, porque si tuviéramos todo el tiempo del mundo, probablemente todos seríamos buenos: qué mas da —diríamos—, pues espero a que llegue el bien, qué más da si tengo tiempo de sobra.

Pero el problema es que no tenemos todo el tiempo del mundo, que el tiempo se nos va, que nos parece que nos faltan las ocasiones y,

entonces, actuamos y buscamos lo que está más a mano aunque sea malo, porque en el tiempo nos viene más cerca. Por eso algunos profesores de moral y, en general, la gente que ha reflexionado sobre temas éticos, Agnes Heller, por ejemplo, han escrito que ser virtuoso es adoptar el punto de vista de la inmortalidad; es decir, que los virtuosos actúan como si fueran inmortales, como si no fueran a morir, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. No encuentran esa especie de zozobra permanente que otros sentimos y que hace que muchas veces no seamos capaces de la virtud; porque estamos incitados permanentemente por la transitoriedad que nos constituye y de la que somos demasiado conscientes.

Hasta ahora, he procurado dejar un poco de lado la palabra *libertad*, hablando, en su lugar, de acción o elección. (Decía Paul Valéry que hay palabras que *cantan* más de lo que dicen. Y en efecto, la palabra libertad, nada más la dices, empieza a cantar). Pero, en definitiva, el problema no es cómo ser libres, porque lo vamos a ser de todas maneras. Hasta el esclavo es libre, libre de serlo, de tener que obedecer y de tener que cumplir por miedo al latigazo las órdenes que le dan. Incluso aquella persona que sufre más coacciones es libre de seguir padeciéndolo.

las en vez de tirarse por la ventana, por ejemplo. Como los estoicos dijeron muchas veces, el cuerpo tiene demasiadas venas y el mundo demasiadas alturas para que los hombres sean nunca esclavos. Es decir, el hombre siempre tiene, según los estoicos, «las puertas abiertas»: si no puedes aguantar, sal y escapa, pero no te quedes ahí a disgusto.

Así pues, el problema es que libertad, o sea, opciones, aunque sea la de obedecer al tirano, vamos a tener siempre. La gracia está en cómo utilizar bien nuestra libertad, cómo sacarle rendimiento, cómo hacer que nuestra libertad sea algo creador y satisfactorio para todos nosotros. ¿Y por qué para todos nosotros? Porque el ser humano, precisamente porque necesita conocimiento, imaginación y ese impulso moral que es la voluntad, necesita semejantes. Ya hemos dicho que los humanos nacemos una vez del vientre de nuestras madres y otra del contexto de la sociedad que nos recrea de nuevo. El conocimiento nos llega de otros, gracias a los símbolos transmitidos o legados por los libros, y es gracias a ellos que podemos conocer mejor el mundo. No necesitamos salir cada día a explorarlo, lo conocemos en buena medida merced a todos los otros que ya están en nosotros. No es necesario que estemos imaginando permanente-

mente nuevas formas de acción: hay tradiciones y nuevos caminos que han quedado acrisolados y que nos llegan también por medio del conocimiento, los libros, etcétera.

Y en cuanto a cuestiones morales, a veces el apoyo, la reflexión conjunta, el diálogo moral entre los seres humanos, es lo que nos hace cobrar fuerza. Muchas veces actuamos bien no tanto por convicción propia sino por no decepcionar a otros que esperan de nosotros que lo hagamos, o porque vemos que eso es lo aceptado en la comunidad en que nos movemos. Entonces, somos animales forzosamente simbólicos, y un animal simbólico ha de tener semejantes: un símbolo no tiene sentido para una sola persona; un animal que tiene lenguaje está obligado a la sociedad, pues de otro modo, ¿para qué quiere el lenguaje? El lenguaje es impensable para un solo ser, como Wittgenstein demostró en su día. Por tanto, todos los seres lingüísticos somos a la fuerza seres sociales. Incluso cuando estamos solos, para hablar con nosotros mismos necesitamos un lenguaje que no hemos inventado y que tomamos de la sociedad. De ahí que lo importante sea ver cómo logramos rentabilizar esa disposición a la acción y a la elección en forma de libertades instituidas en nuestros países y en

nuestras sociedades. Y esa ha sido la gran aventura humana.

Hay un libro de título un poco retumbante pero que en el fondo tiene algo de verdad, un libro de Benedetto Croce titulado *La historia como hazaña de la libertad*. Efectivamente, la historia humana es en cierto modo una hazaña de la libertad, una construcción de la libertad, no ni mucho menos perfecta ni carente de sombras —todo lo contrario, sabemos muy bien que tiene muchas—, pero que en última instancia responde a un esfuerzo colectivo gradual por ir consolidando la tendencia a actuar mejor, de manera más completa y creativa, quizás más solidaria de lo que la naturaleza había dispuesto en un principio. Y yo para eso creo que hay un mecanismo fundamental: la educación. No puede haber buen uso de la libertad sin educación, porque ésta nos da el conocimiento que necesitamos para actuar en el mundo, el desarrollo de la imaginación que necesitamos para contrastar los diversos caminos en que vamos a buscar las alternativas de nuestra acción, y también, si se trata de educación moral o cívica, el tipo de apoyo o de fuerza para tomar las mejores decisiones, para ver lo mejor y no sólo aprobarlo sino también seguirlo. La fuerza para soportar el tiempo, en una palabra. Ser

una persona moral es ser capaz de soportar con dignidad la mortalidad, ser digno de la vida y de tus semejantes, aun sabiendo que vas a morir. La moralidad es esa capacidad de soportar la vida, la vida como antesala de la muerte.

Es lo que se busca también en la educación: conocimiento, imaginación y esa forma de la voluntad que podemos llamar moral, si quieren ustedes, o formación cívica o, en cualquier caso, compromiso racional con nuestra mortalidad. Ese es para mí el marco que constituye la antropología de la libertad, con lo que quiero significar que ésta no es una especie de medalla que nos colgamos ni una cima a la que tengamos que subir, sino la condición a la que estamos obligados. No tenemos más remedio que ser libres y, por lo tanto, plantearnos qué hacer con nuestra libertad. Cuál es el arte de la libertad, cómo podremos convertirla en algo que juegue a nuestro favor y que no nos perjudique o nos destruya. Cómo hacer, sobre todo, que la libertad sea algo que tenga una utilidad, una creatividad social, y no acabe convirtiéndose en arma arrojadiza de unos contra otros.

En eso consiste a mi juicio la aventura, en ser conscientes de que la libertad no es un premio sino que tiene, antes bien, algo de condena y algo de reclusión, como de algún modo se

sugería en aquella obra de Erich Fromm —psicoanalista e historiador, y un pensador, creo, muy interesante— que fue tan influyente en mi juventud, *El miedo a la libertad*, escrita todavía en los estertores del nazismo, donde el autor venía a decir: no es que los seres humanos no quieran ser libres, es que quieren huir de su libertad, y por eso hay tiranos.

Los tiranos son los que dicen: ven y dame tu libertad, yo cargo con ella, yo cargo con tu culpa y con tus elecciones, yo elegiré por ti, tú confía en mí que no necesitarás preocuparte, tú enchúfate a mí y yo seré libre por ti y cargaré con las partes malas de tu libertad, tú vivirás y yo cargaré con la responsabilidad de la culpa. Ese es el secreto de las tiranías y de los totalitarismos, lo que incluso hoy lleva a determinadas personas a ser capaces de sacrificar su vida biológica por mantener esa otra vida simbólica que les permite haber renunciado a su libertad y haber estado conectados, digamos, con algo superior a la libertad humana, algo que decide por los humanos y está al margen de las vacilaciones y las dudas. Probablemente nuestro tiempo tendrá ese peligro del miedo a la libertad, del deseo de renunciar a ella, de buscar a alguien que nos descargue de esa pesada carga, que la lleve por nosotros, que nos permita,

aunque sea viviendo una vida vicaria y en cierto modo humillante, no tener la preocupación, la obligación de elegir permanentemente.

Si por el contrario queremos desarrollar nuestra capacidad de elegir, no tenemos más remedio que liberarnos, por medio de la educación, de las miserias más dramáticas que de alguna forma ofuscan la posibilidad de elección humana. Yo creo que la ignorancia y la miseria son los dos obstáculos que impiden una visión mínimamente serena de lo que la acción puede ser. Es muy difícil actuar en condiciones de ignorancia o de miseria. Luchar contra ellas no es luchar retóricamente a favor de la libertad, sino a favor del buen uso de la misma, a favor de la *buena* libertad, la que se convierte en excelencia y creatividad y no simplemente en rutina, miedo o destrucción.

Estas son cosas que todos sabemos, pero los filósofos estamos también para recordar cosas ya sabidas, para intentar decir en voz alta esas cosas que el común de las gentes, por pudor pragmático, no suele plantearse. Esto es en todo caso lo que yo quería hoy recordarles, que no tienen ustedes más remedio que ser libres, y que por lo tanto tampoco tienen más remedio que reflexionar sobre para qué y cómo pueden utilizar mejor su libertad.